

243
—

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Juan Bayetto
Por la Facultad

Horacio B. Ferro
Por el Centro de Estudiantes

Juan José Guaresti (h.)
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Andrés Devoto
José Rodríguez Tarditi
Por el Colegio de Graduados

Vito N. Petreza
Silvio Pascale
Por la Facultad

José D. Mestorino
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXII

ABRIL DE 1934

SERIE II, N° 153

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de José González Galé

Las leyes de la mortalidad ⁽¹⁾

CAPITULO III

LA INMORTALIDAD. — LA LONGEVIDAD. — EL REJUVENECIMIENTO. — EL INSTINTO DE LA MUERTE

I

Decíamos al terminar el capítulo anterior —repitiendo palabras de Giacomo Leopardi— que la vejez es un mal: un grave mal.

No extrememos, sin embargo, la nota. Leopardi era pesimista por temperamento, y el pesimismo es una actitud esencialmente negativa.

Mucho más humana es la postura que adopta Cicerón, cuando dice, en su tratado “De la Senectud”, que: “nadie es tan viejo que no aspire a vivir un año más”.

Por otra parte —como observa La Rochefoucauld— pocos son los que saben ser viejos. Por temible que sea la vejez, la mayor parte de las personas creen preferible arrostrarla con todas sus molestias, con todos sus achaques, con todas sus miserias: sus pequeñas miserias, las más humillantes y las más dolorosas de todas, antes de ir a desvanecerse en la *nada*.

Ese temor, esa repugnancia ante la idea de la desaparición *total de la personalidad*, se manifiesta en todas las religiones bajo la *esperanza* de una vida futura.

Pero, no contentos los hombres con esa esperanza, y, por muy sinceras y firmes que sean sus creencias, han querido, sin perjuicio de *esperar* la inmortalidad en la *otra vida*, tratar de conquistar también en ésta un *anticipo* de esa inmortalidad.

Y así surgieron leyendas como la de la fuente de Juvenio, cuyas aguas procuraban a los que se bañaban en ellas, no sólo la vida eterna, sino lo que es más deseable aún: la *eterna juventud*.

(1) Continuación. Véase nuestro número de Febrero último.

Y los alquimistas trabajaron durante siglos en procura del famoso elixir de larga vida, sin que faltaran algunos famosos charlatanes que aseguraban haberlo obtenido y ofrecieran de ello pruebas irrecusables. Pruebas falsas, como es de suponer.

La ciencia ha ido destruyendo, una tras otra, todas las leyendas, todas las supersticiones, todas las supercherías que requieren la concurrencia de hechos notoriamente contradictorios. La astrología y la alquimia, por ejemplo, murieron a manos de la astronomía y de la química. Pero aun quedan angustiosos interrogantes a los que no es posible responder. Muchos de ellos quedarán —verosímilmente— sin respuesta por los siglos de los siglos.

Hoy es de todo punto imposible probar —por procedimientos científicos— que, al ocurrir ese fenómeno al que llamamos muerte, cesa, para el hombre, *toda clase* de vida. Es *sumamente probable* que así sea, pero carecemos de medios para probarlo. Por lo demás, es asimismo imposible probar lo contrario.

II

Consciente, el hombre, de que la *inmortalidad* está fuera de su alcance —la *inmortalidad material*, la del *cuerpo* con que ha nacido a la vida terrena— ha tratado de aproximarse a ella mediante la *longevidad*.

Ya hemos hablado de los largos años de vida que se atribuyen a los patriarcas antediluvianos, y hemos visto cuántas dudas sugieren. No volveremos, pues, sobre ese punto; no nos ocuparemos, tampoco, de las edades, más o menos fabulosas, que se adjudican a hombres que vivieron en épocas lejanas.

Plinio afirma, por ejemplo, que un rey de cierta isla Locmians— nombre que no se sabe a qué isla puede corresponder— vivió 802 años. Y asegura, también, que en tiempos de Vespásiano vivían en el Norte de Italia más 170 personas centenarias, y entre ellas, un tal Marco Aponio que pasaba del siglo y medio.

Y Estrabón relata que, en el Pendjab, en la India, las gentes alcanzaban a vivir normalmente 200 años.

Pero Plinio no era un verdadero hombre de ciencia, era más bien lo que hoy llamamos un *amateur*, un aficionado a coleccionar y a referir curiosidades.

Su palabra dista, pues, mucho de ser una garantía de veracidad.

En cuanto a Estrabón, harto conocida es su afición a magnificarlo todo, máxime tratándose de datos relativos a tierras lejanas, que en todo tiempo han excitado la fantasía de los viajeros y cronistas.

Sin remontarnos tan lejos, tenemos, en épocas mucho más recientes, ejemplos de personas que se atribuyen, o a quienes se les atribuye una longevidad excesiva.

Cuenta Rogelio Bacon (1214-1294) que hacia 1245 conoció a un hombre que afirmaba haber asistido en 362 al Concilio de París y haber visto el bautizo de Clodoveo.

A principios del siglo XVII se publicó en Turín la biografía de un habitante de Goa, de quien se decía que había cumplido 400 años,

Por aquel mismo tiempo, un escocés, llamado Guillous Mac-Crain, pretendía haber presenciado la guerra de las dos rosas (1455) y tener una edad superior a los dos siglos.

Y no olvidemos al célebre conde Alejandro Cagliostro, aventurero italiano cuyo nombre verdadero parece haber sido José Bálsamo, y que estuvo mezclado, en las postrimerías del reinado de Luis XVI, en el famoso robo del *collar de la reina*. Cagliostro se decía hehicero, y aseguraba poseer el elixir de larga vida y la piedra filosofal, atribuyéndose él mismo una edad que estaba muy lejos de ser la suya. Al parecer había nacido en 1743 y murió a los 52 años.

En todos estos casos, y en otros más cuya enumeración sería ociosa, se trata de vulgares mistificaciones, llevadas a cabo, en algunos casos —como el de Cagliostro— con el fin deliberado de explotar la credulidad ajena; en otros, por simple espíritu de vanagloria.

Sea ello como sea, sólo a título de curiosidad pueden ser citados. Pero hay otros —realmente extraordinarios— en los cuales no se ve patente ningún interés inconfesable, y que, además, parecen apoyarse en pruebas fehacientes. Merecen, pues, que se les dedique alguna atención.

III

Los tres casos más notables —entre los muchos que se registran, son, acaso, el de Tomás Parr, el de Enrique Jenkins y el de la condesa de Desmond.

Estos casos han sido repetidamente citados por diversos autores, hasta que, en 1873, un estudioso inglés —W. J. Thoms, bibliotecario de la Cámara de los Lores— logró poner

en claro, en un interesantísimo libro: "Human longevity: its facts and fictions" lo que había de verdad al respecto.

Enrique Jenkins nació —según se pretende— en 1501, y murió en diciembre de 1670.

El primer testimonio que se tiene, con respecto a su edad, es el de la señorita Ana Saville que habitó en la misma localidad —Bolton, en el Yorkshire— y cuyas declaraciones se publicaron en las *Philosophical Transactions* en 1696. Cuenta mis Saville que, cuando se estableció en dicho pueblo, oyó decir que uno de sus vecinos tenía siglo y medio, pero no lo creyó. Un día, años después, entró Jenkins en la cocina de su hermana a mendigar, y entonces ella le pidió que le dijera cual era su edad *sin mentir*, teniendo presente que pronto habría de dar cuenta de sus palabras a Dios. A lo que Jenkins, después de una pausa, repuso que, según sus recuerdos, debía de tener 162 ó 163 años. Jenkins —según la declaración de miss Saville —no sabía leer ni escribir, y de su pretendida edad no hay más testimonio que sus propias afirmaciones. Al registrarse su defunción sólo se anotó su nombre con la observación de que se trataba de un hombre *muy pobre y muy viejo*. Pero sin una constancia concreta respecto a su edad.

¿Bastan esos datos para afirmar que alcanzó a cumplir 170 años? Con muy buen criterio Thoms entiende que no, y elimina a Jenkins de la lista de los *casos extraordinarios*.

El caso de Tomás Parr, es más curioso aun, porque le hizo la autopsia el célebre cirujano inglés William Harvey, descubridor, como se sabe, de la circulación de la sangre. Se *admite* que nació en 1483 y, como murió en noviembre de 1635, tenía al morir más de 152 años. No hay tampoco prueba alguna acerca de ello. Lo único cierto es que él afirmaba tener esa edad, y que, aceptando su palabra, John Taylor, un poeta de segundo orden de aquel tiempo, compuso una historia de Parr en versos ramplones. No hay, pues, tampoco, en el caso de Parr, ninguna constancia cierta. Por lo que hace al testimonio de Harvey, que le hizo la autopsia, la única aserción que se halla en el informe respectivo es que "vivió 152 años y 9 meses", pero, no como una afirmación del famoso cirujano, sino como una información que le dieron a él. Y por su cuenta Harvey no hace ninguna apreciación al respecto, limitándose a decir que Parr parece ser un individuo de mucha edad, cuyas vísceras están en condiciones relativamente buenas.

Y vamos con el tercer caso extraordinario. El de Catalina, condesa de Desmond, a quien se asigna una edad de 140 años en 1604, año de su muerte. Mr. Thoms, después de una investigación paciente y minuciosa, logró establecer que, con toda probabilidad, la condesa había sido confundida con otra dama del mismo título, y que vino al mundo unos cuarenta años antes. Es decir, que los ciento cuarenta años de edad se reducen a cien.

Estas confusiones y suplantaciones de personas eran relativamente fáciles en aquellos tiempos en que no había aún registro civil y en que las anotaciones en los libros parroquiales presentaban no pocas deficiencias.

Hoy ya no sería posible hacer lo mismo porque se analiza más minuciosamente cada caso, y no se considera admisible ninguno si no se adjunta una inatacable prueba documental.

Thomas Young, ex presidente del Instituto de los Actuarios de Londres, en un documentado libro: *On centenarians*, estudia minuciosamente el punto y recoge, entre otros mil datos curiosos, el análisis de los tres casos extraordinarios que acabamos de dar, a la vez que fija las normas a seguir para dilucidar cualquier duda que se presente.

Raymond Pearl, en su libro *Biology of Death* sintetiza las ideas de Young, estableciendo que deben exigirse, por lo menos, las siguientes constancias:

- a) El certificado de nacimiento o de bautismo;
- b) el de defunción;
- c) la comprobación de la identidad de la persona a quien se refieren los documentos anteriores;
- d) el certificado de matrimonio —si la persona en cuestión estuvo casada—, y cualquier otro dato que contribuya a comprobar la identidad.

Para precisar bien los conceptos, considera Pearl dos casos. Uno de ellos meramente hipotético, y el otro real, que fué investigado por el Dr. I. Nascher.

El caso hipotético es el de un supuesto Juan Smith, nacido durante la segunda mitad del siglo XVIII y cuyo bautizo es debidamente registrado. Muere en edad temprana —digamos, a los 15 años— y, como sus padres viven lejos de los centros de población, su muerte no es registrada. Y tampoco es bautizado —por motivos análogos— un hermano menor, que nace poco tiempo después de muerto el primer Juan. Decimos “el primer Juan” porque, a este nuevo hijo,

se le pone, también, por razones sentimentales, el mismo nombre. Este segundo Juan Smith fallece a los 85 años, y en los registros oficiales consta que ha muerto centenario.

El caso real es el de un tal John Shell, de Kentucky, que se exhibía públicamente como el *hombre más viejo del mundo*, y alegaba tener 131 años. Junto a él se exhibían su esposa y un pretendido hijo de ambos de *cuatro años y medio* de edad.

Investigado el caso, resultó que Shell tenía *solamente cien años* —con una posible diferencia de un año en más o en menos—. En cuanto al niño, no era presumible que fuera hijo suyo.

IV

Una vez eliminados los casos realmente extraordinarios, los otros que se citan —auténticos o apócrifos— presentan ya menor interés.

Se trata, en suma, de personas cuya edad oscila alrededor de los cien años; edad difícil pero no imposible de alcanzar, y las exageraciones en que se haya podido incurrir afectan a la *precisión estadística* —ya trataremos de acercarnos a ella— pero no a la *verosimilitud* de los hechos. Se trata de casos perfectamente posibles cuyo número podrá haber sido *abultado*, pero no de acontecimientos extraños que, de por sí, predisponen el ánimo a la incredulidad.

Esta incredulidad es, a decir verdad, de reciente data. En libros relativamente modernos, escritos por hombres de ciencia, encontramos aceptados, casi sin discusión, los casos de Jenkins, de Parr y de la Condesa de Desmond —que acabamos de examinar— amén de otros no menos raros y curiosos.

Mencionaremos, para no citar sino los más notables, al celebrado fisiólogo Alberto Haller que publicó en Berna, en 1776, un extenso tratado de fisiología humana, escrito en latín, y en el cual recoge una larga lista de *supercentenarios*.

Según esa lista, Haller da por averiguado —sin mayores pruebas— que más de mil personas llegaron a vivir entre 100 y 110 años; alrededor de sesenta y dos, entre 110 y 120 años; veintinueve, entre 120 y 130 años, y unas quince, poco menos de 140. Registra, además, dos casos extremos, el de un tal Eccleston, del que se dió cuenta en las *Philosophical Transactions*, y que murió de 143 años; y el de cierto Jonathan

Effingham que, según el *London Evening Post*, tenía al morir 144 años.

Cristóbal Guillermo Hufeland, profesor de medicina de la Universidad de Jena, dió a luz, en 1796, un *Arte de prolongar la vida* o *Makrobiotik* —Macrobiótica—, de donde se ha derivado el nombre de *macrobitas* que algunos autores suelen aplicar a los longevos. Por él desfilan, ostentando su pretendido *macrobismo*; Epiménides, poeta griego al que se adjudican 157 años; Demócrito, el filósofo risueño, a quien se le acuerdan 139; Hipócrates, el padre de la medicina, con sus 109 años y una larga serie de personajes —unos conocidos, anónimos otros— entre los cuales, como es de suponer, figuran nuestros amigos Enrique Jenkins y Tomás Parr.

V

En nuestros días no faltan tampoco centenarios ni *supercentenarios*, a los que se atribuyen hasta 130 años de edad. En general se trata de personas nacidas en países donde la implantación de los registros de nacimientos y defunciones es de fecha relativamente reciente, y no hay, por lo tanto, modo de comprobar la exactitud de la edad que se acusa. Hay que atenerse a la palabra del interesado, o acogerse al sagrado derecho de la duda.

Los censos hechos en distintos países, alrededor de 1920, suministran una información muy interesante con respecto al número de centenarios y a la proporción de los mismos en cada país.

Esa información es la que se resume en el siguiente cuadro, en el cual figura la Argentina con los datos del censo de 1914; viejo ya por los años que hace que se levantó, pero más aun por ser trasunto de una época totalmente distinta de la actual.

CENTENARIOS CENSADOS EN DIVERSOS PAISES HACIA 1920

PAISES	CENTENARIOS			Población total en millones	Centenarios denunciados cada millón de habitantes
	Varones	Mujeres	Total		
Europa					
Alemania . . . (1919)	33	53	86	60.412	1.4
Bélgica (1920)	4	14	18	7.406	2.4
Bulgaria . . . (1920)	992	1.169	2.161	4.847	445.8
Checoslovaquia (1921)	1	7	8	13.613	0.6
Dinamarca . . (1921)	9	7	16	3.268	4.9
Escocia (1921)	6	29	35	4.832	7.2
España (1920)	75	204	279	21.390	13.0
Estonia (1922)	10	21	31	1.107	28.0
Finlandia . . . (1920)	—	5	5	3.365	1.5
Holanda (1920)	3	8	11	6.865	1.6
Hungría (1920)	31	72	103	7.980	12.9
Inglaterra . . (1921)	—	—	110	37.887	2.9
Italia (1921)	82	174	256	38.711	6.6
Letonia (1925)	77	178	255	1.845	138.2
Luxemburgo . . (1922)	—	2	2	0.261	7.7
Noruega (1920)	8	27	35	2.650	13.2
Portugal . . . (1920)	108	310	418	6.033	69.3
Suiza (1920)	1	2	3	3.880	0.8
Asia					
Japón (1918)	7.538	6.197	13.735	56.668	242.4
Africa					
Africa del Sud (1921)	4	3	7	1.519	4.6
América					
Argentina . . . (1914)	478	942	1.420	7.885	180.0
Brasil (1920)	2.597	4.127	6.724	30.636	219.5
Canadá (1921)	90	93	183	8.788	20.8
Colombia . . . (1918)	722	1.157	1.879	5.697	329.8
Cuba (1919)	331	331	662	2.889	229.1
Estados Unidos (1921)	1.561	2.706	4.267	105.711	40.4
Guatemala . . (1921)	528	406	934	2.007	465.4

Los países que, según ese cuadro, cuentan con mayor número de centenarios por un millón de habitantes, son: Guatemala, que ocupa el primer puesto, y Bulgaria —país cuyos naturales han gozado siempre fama de longevos—. Siguen después Colombia, Japón, Cuba, Canadá y la Argentina. Nuestro país, como se ve, ocupa el séptimo puesto.

Damos a continuación la forma en que se distribuyen los centenarios *censados* en la Argentina por sexo, nacionalidad y lugar de residencia.

CENTENARIOS CENSADOS EN LA ARGENTINA EN 1914

Residencia	Argentinos			Extranjeros			En conjunto		
	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total
Cap. Federal.	5	15	20	5	15	20	10	30	40
Provincias									
Buenos Aires . . .	51	95	146	15	17	32	66	112	178
Santa Fe . . .	17	38	55	5	37	42	22	75	97
Entre Ríos . . .	15	56	71	5	11	16	20	67	87
Corrientes . . .	21	67	88	4	4	8	25	71	96
Córdoba . . .	46	109	155	1	2	3	47	111	158
San Luis . . .	13	32	45	—	1	1	13	33	46
S. del Estero . . .	33	87	120	—	—	—	33	87	120
Tucumán . . .	34	74	108	1	—	1	35	74	109
Mendoza . . .	19	27	46	9	2	11	28	29	57
San Juan . . .	10	23	33	2	2	4	12	25	37
La Rioja . . .	11	24	35	—	—	—	11	24	35
Catamarca . . .	24	38	62	—	—	—	24	38	62
Salta	57	63	120	1	1	2	58	64	122
Jujuy	22	25	47	1	4	5	23	29	52
Territorios									
Chaco	1	5	6	—	1	1	1	6	7
Chubut	7	11	18	—	—	—	7	11	18
Formosa	1	2	3	—	—	—	1	2	3
Pampa	6	7	13	1	2	3	7	9	16
Los Andes	6	5	11	—	—	—	6	5	11
Misiones	2	4	6	4	11	15	6	15	21
Neuquén	9	4	13	3	7	10	12	11	23
Río Negro	6	9	15	4	5	9	10	14	24
Santa Cruz	1	—	1	—	—	—	1	—	1
T. del Fuego	—	—	—	—	—	—	—	—	—
	417	820	1.237	61	122	183	478	942	1.420

Pero a pesar del cuidado con que hoy se confeccionan los censos, las cifras relativas a los centenarios distan mucho de merecer entera fe.

En Italia, al ir a redactar en 1928 el informe final correspondiente al censo de 1921, hizo, el Instituto Central de Estadística, una investigación para comprobar, caso por caso, la edad de los 256 presuntos centenarios. Y se logró poner en claro que sólo 51 personas eran, efectivamente, centenarias.

De 27 no se pudieron obtener datos precisos.

En cuanto a los 178 restantes, se estableció que ninguno de ellos llegaba a los cien años. Catorce tenían de 95 a 99

años; veintiocho de 90 a 94; cuarenta y ocho de 80 a 89; treinta y seis de 70 a 79, y cincuenta y dos no llegaban a los 70.

Véase a lo que quedó reducido el pretendido *macrobismo* de un grupo en el que, inicialmente, figuraban *veintiuna* personas con más de 110 años, y, entre ellas, dos de 119, dos de 121 y dos de 122.

Hecha la rectificación *post-censal*, el número de centenarios existentes en Italia, en 1921, por cada millón de habitantes descende de 6,6 a 1,3.

Es posible que, entre los 27 casos cuya edad no ha podido ser puesta en claro, haya alguno que otro centenario. De cualquier modo, ello no aumentará considerablemente la cifra proporcional de 1,3 por millón a que se ha llegado.

Un resultado análogo se obtuvo en Bulgaria, país que ocupa en cuanto a la proporción de *macrobitas* el primer puesto en Europa y, casi seguramente, el segundo en el mundo.

El censo de 1926 dió, con respecto al de 1920, una fuerte disminución en cuanto al número de centenarios, que bajó de 445 a 320, 4 por cada millón de habitantes.

Pero aun esta última cifra resultó exagerada. El profesor Michaycoff, presidente del Consejo Superior de Estadística de Bulgaria, dispuso que se hiciera una investigación para esclarecer si el número de centenarios del país era, efectivamente, el que resultaba de las cifras del censo. De las averiguaciones practicadas resultó que, en lugar de los 1756 centenarios denunciados —de los que 844 eran varones y 912 mujeres— no había sino 85 varones y 73 mujeres, es decir, 158 en total, o sea, menos de la *décima parte* de los censados.

Y lo mismo debe de ocurrir en todos los países. Es sobre todo en los campos y en las aldeas donde se reclutan los centenarios. Ello se explica, en parte, por la clase de vida más simple, más sana, más natural, más optimista. Pero se explica, también, en parte —y no la menor ciertamente—, porque las personas que viven en los campos y que tienen hoy edades avanzadas son, en su mayoría, analfabetas o semianalfabetas; como que les tocó nacer en una época en la cual el saber leer era considerado como un lujo. Esas gentes no recuerdan a punto fijo cuando han nacido. Se ufanan, sin embargo, de la larga vida alcanzada, y *redondean hacia arriba* su edad, con suma facilidad.

Ello es, hoy por hoy, inevitable. Sólo cuando las generaciones nacidas en otras condiciones de vida; dotadas de

otra mentalidad, y presas —por si acaso, por si su mentalidad no ha evolucionado lo bastante— en una red de registros oficiales de toda índole, lleguen a la vejez, se podrá establecer, con visos de verosimilitud, la *intensidad* de la corriente *macrobótica* dentro de la gran corriente de la vida.

VI

A pesar de ello se ha tratado de sacar algunas consecuencias y relacionar la longevidad con el sexo, la profesión, el género de vida, la nacionalidad.

Respecto al sexo, es indudable —todó contribuye a comprobarlo— que las mujeres —salvado un cierto período de la vida— viven más que los hombres.

La nacionalidad, en cambio, no parece tener mayor influencia. Salvo en cuanto puedan pesar las distintas condiciones higiénicas en que la vida de cada pueblo se desenvuelve. Y, aun así, tales condiciones influyen, sobre todo, en la mortalidad *infantil*; menos en la mortalidad general, y escasamente en la de los longevos, que han tenido tiempo sobrado de *amoldarse* al ambiente.

Las condiciones económicas influyen también en la mortalidad. El estadígrafo suizo L. Hersch, en un interesante trabajo titulado “La desigualdad ante la muerte”, ha estudiado, en 1920, cómo se distribuyen la mortalidad general, la mortalidad infantil y la mortalidad por tuberculosis en los diversos barrios parisinos. Y, en todos los casos, ha hallado un fuerte *desnivel* en contra de los barrios pobres. La repercusión que este hecho pueda tener en la longevidad es sólo relativa. Dados dos grupos iguales de recién nacidos, perteneciente el uno a una clase acomodada y el otro a una clase pobre, cabe esperar que del primer grupo salga un número de longevos mayor que del segundo; pero, no porque haya en este último una menor *tendencia* a la longevidad, sino porque la mayor mortalidad infantil ha hecho que los dos grupos, que eran al principio iguales en número, dejaran de serlo al poco tiempo.

Más absurdo aun es pretender que ciertas categorías de personas son marcadamente longevas: por ejemplo, los académicos, los sabios, los generales. Para llegar a académico, a sabio, a general hay que haber dejado de ser joven. Es, pues, un hecho que no tiene nada de sorprendente que haya entre los sabios, los generales y los académicos mayor nú-

mero de longevos que entre los poetas, cuyas aptitudes se revelan en plena juventud.

VII

Los hombres no se contentan con alcanzar altas edades: quisieran llegar a ellas en pleno vigor físico e intelectual. La decadencia les repugna. Por ello la legendaria fuente de Juvencio procuraba, no sólo la vida eterna, sino lo que es máspreciado aún; la eterna juventud. Y el elixir de larga vida, que buscaban los alquimistas, debía realizar el mismo milagro.

Dice la Biblia que, cuando el rey David se hizo viejo, le aconsejaron que se acompañase de continuo de una hermosa muchacha. La sola presencia de ella debía ser suficiente para prestar al anciano rey el calor que sus huesos necesitaban.

Los griegos y los romanos creyeron que la convivencia con los jóvenes era un medio de prolongar y renovar la vida, y le llamaron *gerocomía*.

Pero lo extraño es que un profesor universitario de fines del siglo XVIII —Hufeland, el ya citado autor de la *Macrobótica* o “Arte de prolongar la vida”— crea eficaz ese tratamiento y escriba, refiriéndose a él: “Cuando se piensa en el efecto que producen sobre los miembros paralizados las exhalaciones de los animales recién abiertos, y cuanto disminuye el dolor de un mal violento aplicando sobre la parte dolorida animales vivos, no se puede sino aprobar tal procedimiento”. Y, en otro lugar, ocupándose de un cierto Román Hermippus muerto, según dices, a los 115 años de edad, después de vivir siempre rodeado de muchachas, comenta: “Es un excelente consejo el de respirar tarde y mañana el aliento de las muchachas. A esa edad el aliento contiene aún, al decir de los adeptos, la *materia primera* en toda su pureza. Respirarla contribuye, pues, a aumentar considerablemente las fuerzas.”

En todos los tiempos y lugares el prolongar la vida y la juventud ha constituido una de las grandes preocupaciones del hombre.

Cuenta A. Reville, en su “Historia de las religiones”, París, 1889, que hacia los años 221 a 209 antes de Cristo, reinaba en China un emperador llamado Chi-Hoang-Ti, el cual, dando oído a las aseveraciones de un pretendido mago taoísta —un tal Su-Chi— equipó una expedición destinada

a descubrir y a establecer comunicaciones con ciertas islas, conocidas por el nombre de *Afortunadas*, cuyos pobladores poseían un licor que aseguraba la inmortalidad a quienes lo bebían, y con el que solían convidar a sus visitantes. Muchos siglos después, el descubrimiento de ese licor continuaba preocupando a los magos taoístas.

Y, según dice Reville: "... el cinabrio, o sulfuro rojo de mercurio, el sulfuro rojo de arsénico, la potasa y el nácar, formaban la base de esta maravilla química. Su preparación duraba nueve meses y experimentaba, en tanto, nueve cambios. El que la tomaba se trocaba en grulla, y podía elevarse, bajo esa forma, hasta la morada de los genios para compartir con ellos la vida inmortal."

Ya en nuestros días, el famoso fisiólogo Carlos Eduardo Brown Séquard (1817-1894) trató de combatir la vejez suministrando al organismo el jugo de las glándulas que, con los años, se atrofian.

"En 1869 —dice en una de sus comunicaciones—, en mi curso de la Facultad de Medicina de la Universidad de París, expuse ya la idea de que las glándulas son, también, una secreción interna, y alimentan la sangre con elementos útiles, si es que no son estrictamente necesarios. He conjeturado, pues, que la debilidad de los viejos depende no sólo del estado senil de los órganos, sino también del hecho de no ser alimentada la sangre por las glándulas sexuales con los elementos que favorecen, durante el período viril, la conservación del vigor propio de esta edad. Fué natural que se me ocurriese la idea de proveer a la sangre, debilitada por la senilidad, de aquellos elementos que las glándulas sexuales le rehusaban. Ello me indujo a aconsejar inyecciones subcutáneas de extracto de glándulas sexuales."

Brown Séquard experimentó, en su propia persona, las inyecciones que aconsejaba. Tenía entonces 72 años y, a estar a sus propias declaraciones, el tratamiento le tonificó y le vigorizó.

Pero, después de un período de boga, relativamente breve, el *método Brown Séquard* —así se le llamó— fué dejado de lado por completo. Los resultados obtenidos no correspondían, en realidad, a las esperanzas que había hecho nacer.

A pesar de todo, los trabajos de Brown Séquard no resultaron infructuosos. Había en ellos algo así como una intuición de la doctrina de las glándulas de secreción interna,

que tanta importancia ha adquirido en estos últimos años.

Ya dijimos que Metchnikoff achacaba, en parte, el envejecimiento a la abundante flora del intestino humano. Para combatir esa flora nociva propugnaba el consumo de la llamada leche búlgara o yogúrt. Más sencillamente, de la leche cuajada. Pero preveía, como una posible solución para un futuro no muy lejano, la ablación de una gran parte del intestino grueso.

Más recientemente, Sergio Voronoff, cuyo nombre es famoso en todo el orbe, ha pretendido resolver el problema de la vejez mediante el *injerto*, en el organismo agotado, de glándulas nuevas, procedentes de animales jóvenes y sanos.

Brown Séquard se contentaba con *inyectar los jugos* de esas glándulas. Voronoff transplanta la glándula misma.

Los resultados obtenidos por Voronoff han sido, en general, satisfactorios; sobre todo, cuando la operación del *transplante* se verifica entre animales de la misma especie.

Tratándose de seres humanos hay ya menor seguridad. Las glándulas que se injertan han de provenir de alguna especie animal, tan afín al hombre como se quiera, pero que no es el *hombre mismo*.

Hay, además, que vencer un ambiente de *ridículo* que se ha creado alrededor de esta clase de operaciones: el mismo que se creó a propósito de los métodos de Brown Séquard.

Pero Voronoff desdeña la fácil ironía de sus detractores y aboga con elocuencia en favor de su tesis. "La glándula —dice, en su interesantísimo libro *Vivir*— no vierte en nuestra sangre un elixir de eterna juventud, pero combate la degeneración de las células diferenciadas" ... "Toda la opoterapia —añade algunas páginas más adelante— está basada en principios análogos."

Sea ello como sea, es pronto aún para pronunciarse con respecto a los resultados. Pero el solo hecho de que se encare el problema de la vejez con métodos científicos, es altamente promisor.

VIII

Pero, por mucho que se difiera la vejez, la muerte ha de llegar.

¿Está el hombre convenientemente preparado para afrontarla? No se trata de una preparación *religiosa*, sino de una preparación simplemente *humana*.

En otros términos: ¿ha llegado el hombre a desarrollar el llamado *instinto de la muerte*?

Todo induce a creer que no, salvo, naturalmente, algunos casos aislados, que confirman la regla.

Desde luego, sería aventurado hablar del instinto de la muerte cuando se trata de personas que mueren en plena juventud o en plena virilidad. Para que ese instinto pueda desarrollarse es preciso que el hombre haya alcanzado una edad suficientemente avanzada. Hace falta que pueda mirar, sin pasión y sin interés, la mayor parte de los *pequeños intereses* y de las *pequeñas pasiones* que mueven a los hombres. Y ese *desasimiento* de las cosas terrenas no se logra sino al llegar a una cierta edad: cuando se muere *harto de días* como, según la Biblia, murió Isaac. (Génesis, XXXV, 28 y 29).

Por eso no podemos aceptar como manifestación de tal instinto la actitud de los suicidas o de los místicos. A los unos los guía la *desesperación*, el deseo de huir de sí mismos; a los otros el afán de dejar este bajo mundo para acercarse a su Creador.

No, no es el instinto de la muerte el que hace exclamar a Manuel Acuña, horas antes de suicidarse:

“¡Mi juventud, adiós!”

ni el que mueve la pluma de Teresa Sánchez de Cepeda—Santa Teresa de Jesús— cuando escribe la célebre glosa:

“Vivo sin vivir en mí,
y, tan alta gloria espero,
que muero porque no muero.”

El hombre normal siente, por el contrario, instintivo temor a la muerte. Lupercio Leonardo de Argensola, el lapidario poeta aragonés, lo ha expresado soberbiamente en el magnífico soneto que empieza:

“Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho...”

Un médico español de nuestros días, Roberto Nóvoa Santos, ha consagrado un bello ensayo a este tema. He aquí, según él: “la tríada sobre la que culmina el temor a la muerte: dolor por lo que dejamos en esta vida; cobardía ante la perspectiva del póstumo sufrimiento, y miedo de lo desconocido e incognoscible de ultratumba.”

Si el hombre, llegado a la senectud —*harto de días*—, lograra convencerse de que su misión sobre la tierra ha terminado; de que a la hora del *tránsito natural* no se experimenta dolor alguno, sino más bien una sensación plácida de descanso, y de que más allá no puede haber quien nos pida cuentas muy estrechas de una vida en la que el esfuerzo ha sido, por lo común, mayor que la recompensa, el *instinto de la muerte* sería tan natural y tan corriente como el instinto de la vida, en vez de ser, como actualmente, una flor rara y delicada que sólo se da en algunos temperamentos escogidos.